

taurando los trofeos de Mario en el Capitolio mostró que pertenecía en cuerpo y en espíritu á la plebe. Mas, como entraba tanta levadura de realidad y de vida en aquel espíritu suyo esencialmente político, llegado Pompeyo del Asia, uni6se al partido pompeyano, á pesar de componerse con los elementos más desafines de su tradición y de su historia, con parte de los caballeros y de los patricios. Dos razones le movieron á tal proceder: primera, la suma necesidad que tenía de oro en los dispendios hechos y las deudas contraídas para granjearse altísimos cargos; y segunda, la grande necesidad que tenía de ingerirse dentro de sus enemigos para mejor dividirlos, y dividirlos para más pronto perderlos. La demagogia, torpe de suyo siempre, no comprendía la destreza y habilidad consumadísima del inmortal repúblico; viéndolo en los tortuosos caminos de la política junto al patriciado y á la burguesía, le cobró un odio á muerte y le calumnió con todo género de calumnias. Los libelos contra César corrían de mano en mano. Cecinna escribía terribles acusaciones. Otros cofrades suyos versos á cual más calumniosos. Cierta plebeyo lenguaraz llamó rey á Pompeyo y á César la reina. Curio le dijo manceba de Nicomedes, rey de Bitinia; Clodio hasta le criticaba su manera de peinarse. Pero él insistía en aprovecharse de Pompeyo para conse-

guir y lograr sus personales ambiciones. Despreciándolo en su alma seguía y secundaba su política. Sin su apoyo no hubiera podido subir al consulado en Roma ni del consulado ascender al proconsulado en las Galias. El oro y la influencia de Pompeyo, he ahí lo que deseaba, y á este deseo, á su logro, lo posponía todo. Para más unirlo á su fortuna y á su persona, casólo con Julia, su amada hija, su gloria, su orgullo, la concentración de todos sus afectos. Y para tener más partidarios en las altas familias, que formaban como una legión de soberbias dinastías, uni6se á su vez en matrimonio, viudo ya de otras nupcias y divorciado de otra mujer, con la hija de Pisón, Calpurnia, que le trajo mucha y muy sólida influencia entre las familias patricias. Lo que hacía con esto el eminente político era congraciarse al patriciado, so reserva de humillarlo, y desatar la demagogia, so reserva de refrenarla y someterla más tarde. Los excesos demagógicos llegaban por tanto á su mayor y más violenta extremidad. Clodio, tribuno, representaba este partido en el tribunado, y restablecía los repartos de trigo enteramente gratuitos entre la plebe, y contrastaba el poder de los censores y de los cónsules patricios, y convertía las asambleas en tumultuadas juntas, y menospreciaba los augures y los augurios, y proscribía, vengando á Catilina,

el gran orador Marco Tulio, y lanzaba sobre los patricios sus bandos de clientes y de siervos, y cercaba la casa de Catón, y escribía sátiras contra César llamándolo general cobarde y hombre afeminado. Los periódicos romanos, que á diario se publicaban por aquel entonces y que tenían sus artículos de fondo y sus noticias como los periódicos modernos, influídos y comandados casi todos ellos por Clodio, insultaban al dictador dándole con sus deserciones de la causa plebeya en rostro á la continua. Pero César, después de haber ejercido el consulado en Roma demostrando sus altas calidades, y de haber propuesto las leyes agrarias conducentes á granjearle con seguridad el favor popular, pretendía y lograba por medio de Pompeyo el proconsulado en las Galias, un gobierno provincial con cuyos rendimientos ganar á su persona partidarios, y un ejército numeroso con cuyas armas imponer su imperio y autoridad personales. No haría, no, él, de seguro lo que hiciera Pompeyo. No licenciara él sus tropas al volver triunfante. César estaba decidido y destinado á pasar el Rubicón, y entrarse con sus gentes en armas dentro del territorio romano, sin respeto á las viejas instituciones y sin temor á los patrios dioses.

La diferencia entre César y Pompeyo estaba en que César tenía una idea y Pompeyo no tenía nin-

guna; César una resolución y Pompeyo la perplejidad propia de quien, requiriendo la medra propia y el interés personal por seguir á un tiempo mismo todos los caminos, adolece de una incertidumbre que paraliza en él todos los movimientos. Así como Aníbal creyó que no podía Cartago subsistir sin España, y se propuso vencer todas las resistencias españolas á su dominación cartaginesa, disipada por los Sempronios y por los Escipiones, creyó César que la Roma de su tiempo había menester su establecimiento definitivo en las Galias, su imperio absoluto sobre las Galias. Esta tierra céltica, por su interposición en el cruce de las regiones germánicas con las romanas, decidía el conflicto perpetuo entre ambos mundos, según propendiese al uno ú al otro; por ende necesidad inevitable de ingerirla en Roma. Pero dados los partidos de Roma y la inseguridad que á todo poder traían sus elecciones á plazos cortísimos, sus discordias parlamentarias, sus procesos políticos, las acusaciones de diversos géneros pendientes sobre la cabeza de todos sus estadistas, necesitaban los generales y los gobernadores de las provincias tener la mira puesta sobre los comicios y el Senado. César debía de continuo habérselas con helvecios, con galos, con britanos; mantener á un tiempo la línea del Ródano y del Rhín para su guerra constante á los germanos y

su comunicación diaria con Italia; mandar captadores para sostener el afecto cariñoso de su amigo Craso, atar la lengua larga de su enemigo Cicerón, decidir á favor suyo las cambiantes perplejidades de Pompeyo, atraerle á una los comicios, amedrentar con amenazas el Senado y adherir á su causa los demagogos atraillados ó sueltos por sus propósitos y por sus cálculos con arreglo á sus múltiples y complejas conveniencias. Por eso él guerreaba durante la estación de primavera y verano aquende los Alpes, en las Galias trasalpinas, y durante la estación del invierno acampaba en las Galias cisalpinas, allende los Alpes. Y desde la Gاليا cisalpina mandaba con perdurable mando en Roma y servía ó deservía los planes de Pompeyo. Para tal obra de conquistar las Galias y los comicios, de mantener su fascinación en los soldados y su influjo sobre los partidarios, de aparecer como un general y como un tribuno á la par, ayudábase por todo extremo las ventajas consiguientes á tener él un verdadero núcleo de fuerza y de poder, mientras Roma se desgarraba en los horrores de la más terrible anarquía. Pompeyo nada hacía por no malquistarse con nadie, y de vanidad henchido iba dejando enredarse las dificultades en confuso enmarañamiento, so reserva de poder desatarlas con un gesto de su cara olímpica y con un acento

de su palabra divina. Cicerón, aunque siempre inclinado á sus caballeros y á sus viejas instituciones, jamás acertaba en su incertidumbre á decidirse por Pompeyo, de quien recibiera muchas atenciones, ni por Cesar, á quien debía mucho dinero á causa de su afán por edificar casas y quintas en ciudades, montañas, bosques, lagos y costas. Catón, cada día más abstracto y más abstraído, daba en sus abstracciones á las ideas políticas suyas el aspecto de los fuegos fatuos que corren pálidos y fugaces con siniestro relampagueo por los cementerios. Craso moría en Oriente, acribilladas sus tropas á las flechas de los partos, y degollado él por un rey afeminadísimo y cobarde. Mientras tanto demagogos cual Clodio proscribían á repúblicos cual Marco Tulio, y otros demagogos, cual Milón, mataban á Clodio en una guerra de partidarios mantenida en las calles mismas de Roma, tan perturbada por las competencias de sus ciudadanos como la implacable y fatal naturaleza por las competencias de sus especies. Así, mientras luchaban los comicios de curias con los comicios de tribus, los cónsules con los tribunos, el Senado dirigido unas veces por Catón y otras por Marco Tulio con los triunviros y con los demagogos, queriendo todos ganarse al pueblo por medio de fiestas del Circo, en las cuales Pompeyo prometía nada

menos que quinientos leones, César, sin huir los medios de captación y las corrupciones habituales á tal tiempo y á tales costumbres, recordaba cómo él había divulgado entre las multitudes los secretos del patriciado, abriendo sus Asambleas al juicio popular y publicando sus sesiones; cómo él había propuesto una ley agraria tristemente combatida luego por los caballeros; cómo él había extendido el derecho de ciudadanía y sus beneficios por tierras y gentes extrañas, para que pudiera la sangre del cuerpo romano renovarse; cómo él había sujetado al dominio de la Ciudad Eterna los galos tan temibles, y alzados entre los italianos y los alemanes para defensa y seguro de la patria; cómo él quería una Roma plebeya, cual los Gracos y Mario, mas para servicio y gloria del mundo entero; cómo él aconsejaba reabrir las filas del patriciado á los celtas amigos de Roma; cómo él significaba por igual una revolución en el Pomerio y una revolución en el mundo, penetrados y confundidos dentro de maduro espíritu, muy resuelto á traer lo que Alejandro fantaseara cual un sueño: la identificación de todas las gentes en el seno de una superior humanidad.

Viendo todos estos planes, tan opuestos á su personal grandeza y gloria, Pompeyo se consagró á deshacerse de César. Sobre si éste podía ó no aspi-

rar al consulado desde su campamento proconsular, ó tenía que ir á la Ciudad Eterna, estalló la discordia política. Sobre la nueva mujer que debía tomar Pompeyo, muerta Julia, hija de César, estalló la discordia personal. Pero una contradicción superior existía, la contradicción entre las dos ideas. Pompeyo representaba la ciudad, César el mundo; Pompeyo en la ciudad los optimates, César la plebe. Debía el uno abrir los muros del Pomerio á todas las ideas, y debía el otro cerrarlos; debía el uno designar para la curia senadores galos, y debía el otro mantener y apoyar el viejo é histórico patriciado. La inferioridad irremisible de César estaba en sus medios, en la dictadura, y estaba la superioridad incontestable de Pompeyo en su respeto á las viejas instituciones y al sacro parlamento. Repetíase de nuevo el conflicto entre Grecia y Alejandro. Para servir á la humanidad tuvo éste que destruir algo tan humano como la Agora ateniense y la elocuencia demosteniana. Para transfundir la sangre del mundo á la ciudad y la idea de la ciudad al mundo tuvo César que derruir la tribuna y asombrar la libertad. Este principio entraña una virtud tan eficaz y ejerce un imperio tan grande, que santifica siempre hasta los mismos privilegiados, cuando lo sirven de todas veras y lo invocan de buena fe. Privilegiado Pompeyo, privilegiado Marco Tu-

lio, privilegiado Catón de Utica, privilegiado Bruto, privilegiados todos cuantos mantienen la causa de Roma contra la causa de César; pero ¡ah! que representan y personifican la libertad, y por eso los nombres suyos brillan como estrellas de primera magnitud en los cielos del pensamiento y del arte. Cuando César vió esta resistencia invencible apercibióse desde las Galias cisalpinas á contrastarla y á vencerla con sus legiones victoriosas que habían dado á Roma un mundo. Pero ¿cómo entrar en el territorio romano con tropas y tropas extranjeras, cuando lo prohibían todas las leyes y lo condenaban todos los augurios? En el Rubicón la tierra extraña concluía y allende tal torrente comenzaba la tierra sacratísima, inaccesible á las legiones. Para llegar en armas á tal santuario, él, pontífice máximo, debía desacatar los dioses patrios; él, nieto de Venus, desconocer la inviolabilidad secular de aquel territorio unguado por la sombra de Lavinia; él, patricio romano, violar á Roma. ¡Cuántos recuerdos gloriosos, númenes benditos, dogmas antiguos, divinidades respetadas, no le detenían al otro lado en su temor de revelar la vanidad de todos esos prestigios al modo que teme un sacerdote idólatra, desengañado é incrédulo, revelar la materialidad grosera de su ídolo! Así la noche antes creyó soñar que violaba el cuitado á su propia

madre. Pero, con esto, sintió el escalofrío último comunicado por la vieja superstición histórica, y atravesó el Rubicón audazmente, demostrando en este desprecio de un arúspice á los viejos auspicios cómo no espiraba solamente la vieja Roma, espiraba también la vieja religión. Sus enemigos se corrieron á Grecia. Pompeyo dudó entre ir á esta península ó ir á la península española. Pero al fin dejó España en manos de sus tenientes Afranio y Petreyo. César de una ojeada comprendió la situación militar con la clara evidencia del genio, y se propuso conjurarla con la prontitud innata en su firme y resuelta voluntad. Afranio y Petreyo le amenazaban desde Lérida, y su colega en el triunvirato le amenazaba desde Dirraquio. Pues decidió ir primero á Lérida y á Dirraquio después. Venzamos un ejército sin general, exclamó, luego venceremos un general sin ejército. En efecto, llegó á Lérida, vió el enemigo y lo venció. Desde allí se dirigió á Grecia. Y en Grecia estaban todos los optimates de Roma defendiendo bajo las enseñas de Pompeyo todas las viejas instituciones y todas las sacras libertades. Y estando los optimates no hay para qué decir cómo estaba en persona Bruto. Y estando Bruto no hay para qué decir cómo estaba con Bruto el ideal y el genio de los antiguos patrios. Éstos y los caballeros no podían creer de mo-

do ninguno en su derrota. Representando la santa Ciudad, los antiguos dogmas, los seculares principios, institución tan alta como el Senado, numen tan vivo como el numen de la libertad, no podían creer los patricios y los caballeros en su rota y ruina. Confiaban á una en que los dioses desbaratarían á los innovadores y estarían por la tradición y por la fe. Cicerón era el único descorazonado. Su pensamiento estaba con Pompeyo, su corazón estaba con César. El general republicano tenía la misma estúpida confianza en su estrella, y en su fortuna, y en su prestigio que le habían cegado desde los comienzos de aquella discordia. Cuando César estaba en vísperas del Rubicón decía Pompeyo que con dar un puntapié á la tierra le brotarían á su causa espontáneamente soldados, y cuando César estaba en vísperas de Farsalia, Pompeyo creyó más que nunca en la victoria de sus propias huestes.

Pompeyo, dueño del Oriente de nuestra Europa, tenía mucha marina. César se vió por ello constreñido á pasar el Mediterráneo en una barca. Este paso lo consagró con la célebre confortación al piloto, dirigida cuando temblaba so los vientos desencadenados y sobre las ondas alteradas, diciéndole cómo á César conducía y la fortuna de César. En los comentarios escritos por el dictador sobre sus guerras, hállanse las ventajas innumerables de Pom-

peyo en aquel trance y encuentro. Primeramente había dispuesto de mucho tiempo y podido sacar así tropas de Asia, Europa y Africa, reuniéndolas por aquellas encrucijadas providenciales que parecen una intersección de los tres continentes. Nueve legiones de ciudadanos latinos, una excelente compuesta de los milites más valerosos y más dignos de aprecio, á saber, los curtidos y expertos veteranos, gentes herederas de las belicosas y audaces con que Alejandro iniciara sus empresas, de macedones y cretenses, tan duchos en los arcos casi como los baleares en las hondas, y factores de una legión; dos traídas por Léntulo del Asia; levas de Beocia, del Epiro, de Tesalia, tierras militares; refuerzos de Siria; soldados de Lacedemonia y el Ponto tan heroicos y tenaces; seiscientos honderos; mil entre capadocios y tracios, galos y alemanes cogidos por Cneo Pompeyo; trescientos galatas; innumerables mercenarios componían un ejército doble del ejército cesáreo, y muy admirablemente sostenido por víveres enviados de aquellas regiones, á las cuales llamaba Roma frumentarias por su abundancia de trigo. ¡Cuánto no despreciaría César á sus contrarios, cuando se atrevió á pasar solo entre numerosas escuadras y á sitiar un ejército muy superior con sus hambrientos soldados! Pan de hierba tuvieron que devorar. Cuando los

caballeros romanos, tan vestidos, olientes y peinados miraban este pan, que parecía pienso, creían habérselas con bestias y bestias salvajes é indómitas. Pero ¡ah! que los estómagos del Norte, avenidos á crasísimas viandas, iban poco á poco debilitándose y se necesitaba emplearlos en los combates y satisfacerlos con rápido triunfo si no había de perderse todo. Estaban los pompeyanos tan mal instruídos en los movimientos de César, que lo creían en fuga cuando se hallaba más cerca de una victoria. El campamento suyo parecía una ciudad móvil. Los lujosos vestidos, las ricas armaduras, las tiendas vistosísimas, las tertulias literarias, los trinqueos en vasos artísticos, los juegos de dados, los ramajes y las flores dábanle aspecto de fiesta continua. Uno leía los versos de Homero y comparaba su general invencible con el invencible Agamenón; otro hablaba de César diciendo que no sabía vencer con las armas, sino adquirir con el oro á sus enemigos; expedía éste los prisioneros al campamento cesarista encargándoles de llevar al campamento pompeyano la cabeza de César; disputábanse entre sí los altísimos cargos de la Ciudad Eterna y proponían sus respectivas candidaturas para todas las dignidades y todos los lucros. Lo que más les impotaba era la distribución de los empleos después del triunfo. ¿Quién se

llevaría el pontificado?, se preguntaban los unos á los otros. César había sido pontífice por serlo todo, y esta dignidad sí que le costara largo dinero y le infligiera crecidísimas deudas. Pero la demostración palpable de cómo la política nueva y sus competencias eternas degradaban el romano carácter, veíase con sólo ver cómo reñían los magnates entre sí por el pontificado de César antes que por el triunfo sobre César. Espínter se las prometía muy felices y Domicio también por su parte y á su vez. Pero los dos palidecían cuando se acordaban del poderoso competidor Escipión, suegro de Pompeyo reciente, que acababa de sustituir á César, pues muerta la hija de éste, Julia, Pompeyo se había casado con Cornelia, trayéndola consigo á Oriente, y parecía naturalísima la preferencia. Lo cierto es que ardían en fiestas aquellos campamentos á la víspera misma del desastre vergonzosísimo de su general. La noche anterior á Farsalia todas las tiendas presenciaban dentro de sus lonas regocijadas orgías, mientras ostentaban fuera guirnalda olorosas más propias de una festividad que de una guerra.

César no tenía consigo todas sus legiones, faltábanle dos destacadas á Etolia y otras dos esparcidas por Iliria. El hambre cruel enflaqueció á los suyos, como ya hemos dicho, mientras reinaba en los